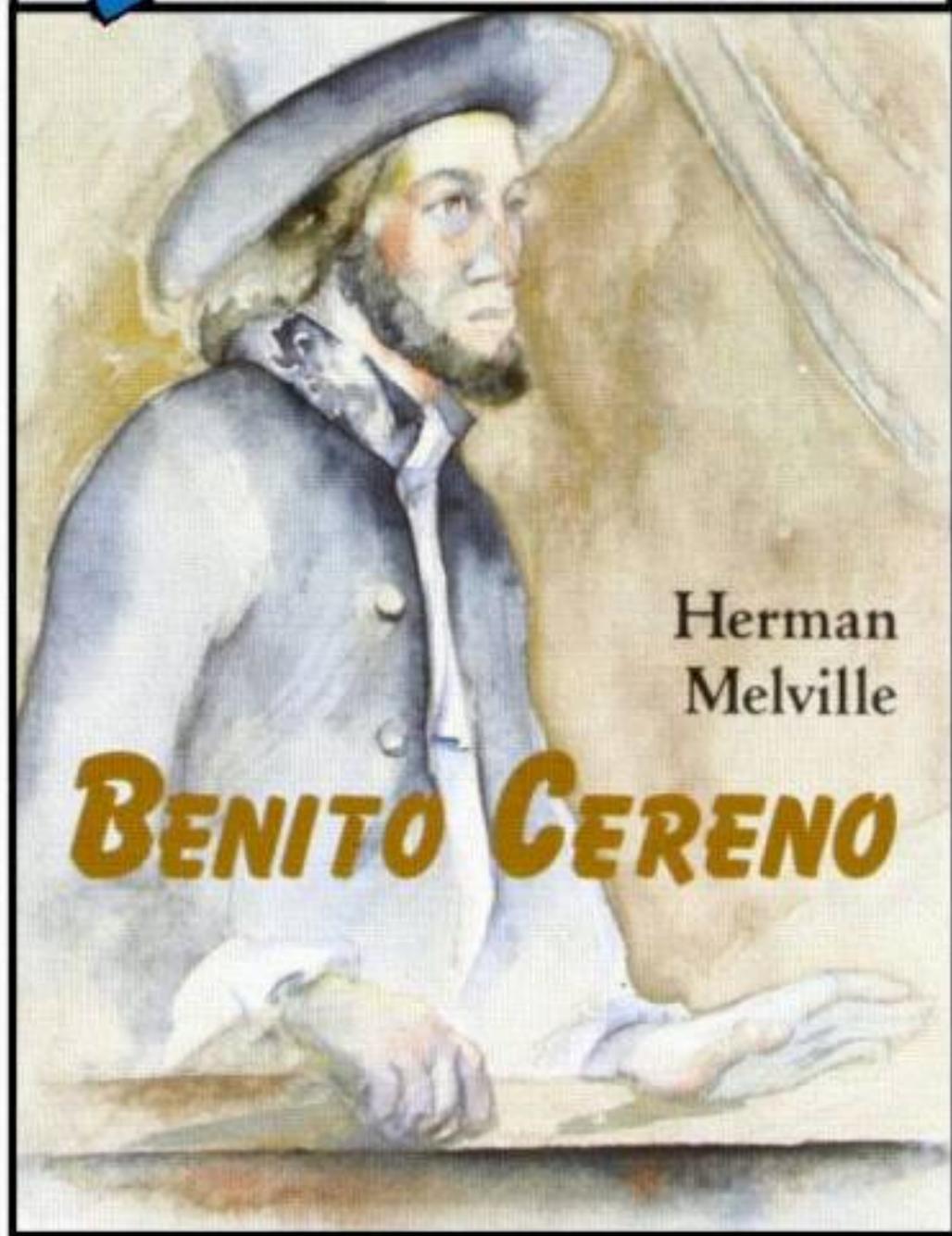


TUS  
LIBROS



Herman  
Melville

**BENITO CERENO**



Un día de 1799, el capitán Amasa Delano fondeó en una isla desierta, perdida en el Pacífico, para aprovisionarse de agua potable. Al día siguiente, un desconocido velero se acercaba a aquel lugar solitario y desamparado, dando origen a la misteriosa historia del capitán español Benito Cereno.

Esta narración, sustancialmente histórica, podría haberse quedado —sin ser poco— en una simple novela de aventuras marineras, pero Melville siembra el relato de dudas y sospechas, que, como en la mejor novela policíaca, van resultando ser pistas falsas hasta la solución verdadera. *Benito Cereno* es como el Pacífico: una novela engañosamente calma y benigna, donde al final casi nada es lo que parece.

# Índice de contenido

Benito Cereno

John Marr

Daniel Orme

Glosario de términos marítimos

Apéndice

Bibliografía

Sobre el autor



HERMAN MELVILLE (1819-1891)

*La presente obra es traducción directa e íntegra de los originales ingleses Benito Cereno (prepublicado en Putnam's, octubre, noviembre y diciembre de 1855), John Marr (1888) y Daniel Orme (1924).*

*Las ilustraciones, originales de Esperanza León, han sido realizadas expresamente para esta edición.*

## Benito Cereno

n el año 1799, el capitán Amasa Delano, de Duxbury, Massachusetts<sup>[1]</sup>, al mando de un navío de gran tonelaje equipado para la caza de la foca y el transporte de mercancías en general, ancló con un valioso cargamento en la bahía de Santa María, pequeña isla desértica y deshabitada hacia el extremo meridional del largo litoral de Chile<sup>[2]</sup>. Había fondeado allí para aprovisionarse de agua.

Al día siguiente, no mucho después del alba, y cuando el capitán aún descansaba en su litera, su segundo de a bordo bajó para informarle de que un velero desconocido estaba entrando en la rada. Los barcos que podían encontrarse en aquellas aguas no eran entonces tan numerosos como ahora. El capitán se levantó, se vistió y subió a cubierta.

Era una de esas mañanas tan peculiares en aquella costa. Todo estaba mudo y en calma; todo era gris. El mar, aunque rizado en amplias combas de oleaje, parecía estático, su suave superficie como plomo ondulado que se ha enfriado y endurecido en el molde de un fundidor. El cielo semejaba un sobretodo gris. Grises bandadas de aves inquietas que se entremezclaban hasta casi confundirse con grises e inquietos bancos de niebla volaban rasantes sobre el agua como vuelan las golondrinas sobre la pradera antes de una tormenta. Sombras presentes que presagian sombras más profundas que han de venir.

Al otear con el catalejo el barco desconocido, el capitán Delano comprobó con sorpresa que no enarbolaba bandera alguna, a pesar de que era aquella una costumbre extendida entre los marinos de bien de todas las naciones al hacer su

entrada en un puerto, por más deshabitada que pareciera la costa y aunque sólo se encontrara allí anclada una embarcación solitaria. Teniendo en cuenta la soledad del sitio, lo lejos que se hallaba del alcance de la ley y la clase de historias que circulaban entonces a propósito de aquellos mares, la sorpresa inicial del capitán Delano bien podría haber dado paso a la inquietud de no haber sido por su carácter singularmente amable y confiado, poco propenso a experimentar alarma —a menos que existiesen razones extraordinarias y repetidas que incitaran a ello, y a veces ni siquiera en ese caso—, si dicha alarma equivalía a atribuir a otro hombre intenciones malignas. Si, en vista de todo aquello de lo que son capaces los seres humanos, un rasgo semejante implica, además de un corazón benévolo, una percepción intelectual particularmente rápida y certera, es algo que debe dejarse al juicio de los sabios.

No obstante, fuesen cuales fuesen las sospechas que podría haber despertado la visión de la nave desconocida, se habrían disipado casi por completo en la mente de cualquier marino al observar que en el proceso de adentrarse en la bahía se acercaba excesivamente a la costa y que un arrecife sumergido se distinguía no muy lejos de su proa. Esto parecía demostrar que la nave desconocida no conocía a su vez la isla, por lo cual no podía tratarse de un filibustero habituado a operar en aquellas aguas. Con no poco interés, el capitán Delano continuaba observando la nave, tarea que no era precisamente facilitada por los vapores que envolvían parcialmente su casco y a través de los cuales se filtraba con brillo equívoco la luz lejana de la cabina, que al igual que la del sol matinal —a esta hora cortado en su mitad por la línea del horizonte y aparentemente haciendo su entrada en la bahía en compañía de la nave desconocida— y cubierta por las mismas nubes bajas y rampantes, recordaba el siniestro ojo único de una misteriosa limeña escrutando la plaza de Armas desde la ranura de su oscura saya-y-manta indígena<sup>[3]</sup>.

Quizá fuese tan sólo una ilusión producida por los vapores, pero cuanto más observaba el capitán la nave desconocida, más extrañas le parecían sus maniobras. Antes de que pasara mucho tiempo incluso resultaba difícil determinar si tenía la intención de entrar en el puerto o no, así como lo que estaba haciendo o se proponía hacer. El viento, que durante la noche se había levantado un poco, era ahora ligero y caprichoso, aumentando así la aparente incertidumbre de sus movimientos.

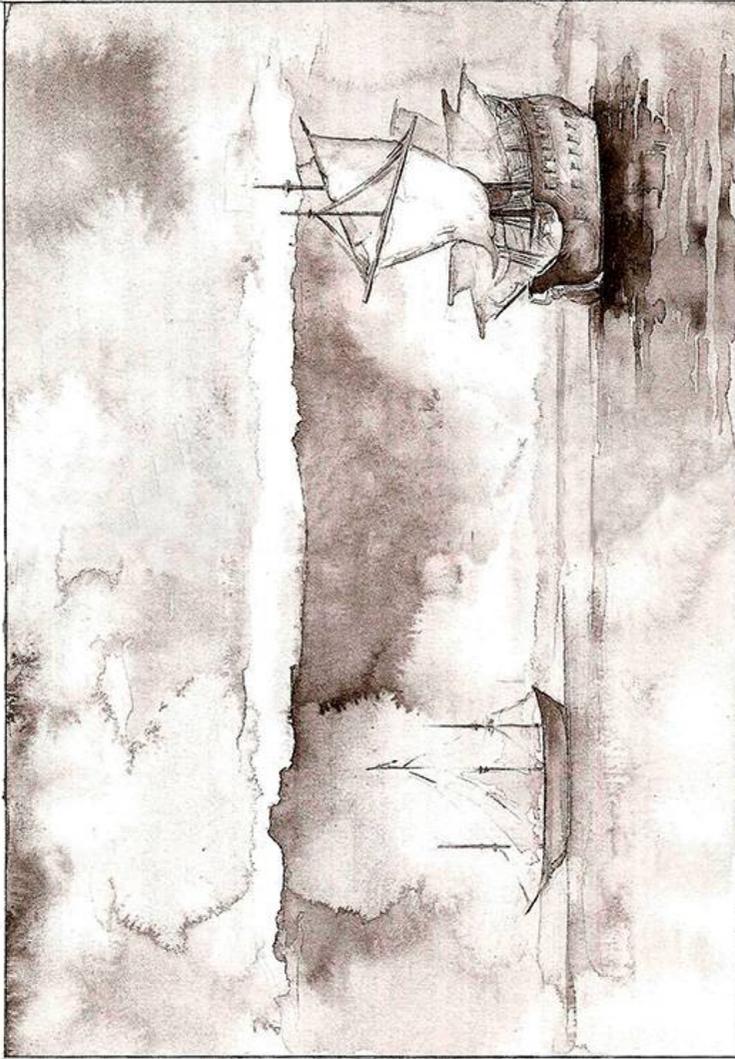
Suponiendo finalmente que podía tratarse de un barco en apuros, el capitán Delano ordenó que se botara el bote ballenero y, pese a las cautelosas objeciones de su segundo, se dispuso a abordar y pilotar la embarcación desconocida, al menos para conducirla a puerto seguro. La noche anterior, un grupo de marinos había organizado una partida de pesca, llegando hasta unas rocas lejanas y aisladas que no se alcanzaban a ver desde el barco, y habían regresado una o dos horas antes del amanecer con una pesca nada despreciable. Presumiendo que la nave desconocida habría permanecido largo tiempo en aguas demasiado profundas, el bueno del capitán hizo colocar en el bote varias cestas de pescado para obsequiar a sus ocupantes, y partió. Juzgando, por la proximidad del arrecife sumergido, que la nave se hallaba en peligro inminente, el capitán instó a sus hombres a darse prisa y así advertir cuanto antes a aquella gente del riesgo que corría. Pero antes de que el bote se acercase, bastó un cambio en la dirección del viento, a pesar de la levedad con que soplaba, para apartar del escollo a la nave desconocida, así como para despejar en parte las brumas que la envolvían.

El barco, observado desde una distancia menos remota, nítidamente visible sobre la cresta de las plumizas olas, y con los jirones de niebla que lo cubrían a manera de desiguales harapos, aparecía como un encalado monasterio en lo alto de un pardo peñasco de los Pirineos surgiendo entre la bruma después de una tormenta. Pero algo más que aquella extravagante semejanza inclinó al capitán Delano a pensar por

un instante que se encontraba nada menos que ante un barco repleto de monjes. Atisbando por encima de los parapetos se veía lo que parecía ser, en la nebulosa distancia, una multitud de negras capuchas, al tiempo que tras las portillas abiertas se alcanzaba a entrever a intervalos intermitentes otra serie de siluetas en movimiento, avanzando como frailes de oscuro hábito que lentamente recorren un claustro.

Al acercarse todavía un poco más se disipó la singular apariencia de la nave y se hizo patente su verdadera naturaleza: un barco mercante español de primera clase que transportaba esclavos negros, entre otro cargamento de valor, de un puerto colonial a otro<sup>[4]</sup>. Era un navío de gran tamaño que en sus tiempos debió haber sido imponente, similar a otros que por entonces se cruzaban de cuando en cuando en alta mar, navíos que antaño habían sido utilizados para el transporte de tesoros en la ruta de Acapulco<sup>[5]</sup>, o bien fragatas retiradas de la Armada Real Española, que, al igual que un obsoleto palacio italiano, conservan vestigios de un antiguo esplendor a pesar de la decadencia de los amos.

A medida que el bote ballenero se aproximaba a la nave desconocida, se iba haciendo evidente que su peculiar aspecto calizo se debía a una extrema negligencia. Las vergas, sogas y buena parte de los parapetos tenían una cierta apariencia lanosa que denotaba que en mucho tiempo no habían tenido contacto alguno con la rasqueta, la brea y el cepillo. Se diría que su quilla había sido levantada en el Valle de los Huesos Secos de Ezequiel<sup>[6]</sup>, y que allí mismo habían sido ajustadas sus vigas, como otras tantas costillas blanquecinas, antes de ser lanzada al mar.



A pesar de la ocupación que a la sazón tenía la nave, no parecía que ni su estructura general ni el aparejo hubiesen sufrido alteraciones esenciales a partir del modelo de buque de guerra al estilo Froissart<sup>[7]</sup>. No obstante, no se veían cañones.

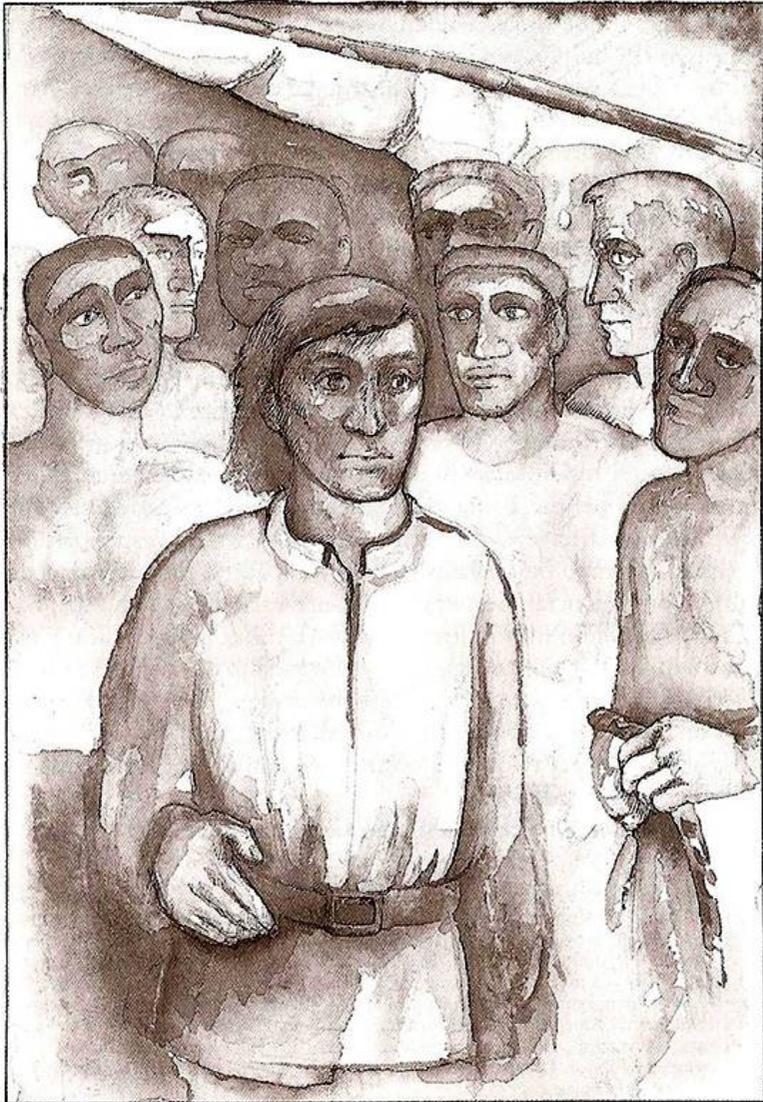
Las cofas eran amplias y estaban rodeadas por lo que alguna vez habían sido redes octogonales, ahora todo en un estado de deplorable abandono. Colgaban estas cofas en el aire como tres ruinosas pajareras, y sobre una de ellas se veía posada una blanca durmiente de mar<sup>[8]</sup>, extraña ave así llamada por su carácter letárgico, adormecido, hasta el punto que en alta mar es frecuente capturarla con la mano. Destartado y carcomido, el almenado castillo de proa parecía un torreón antiguo tomado por asalto largo tiempo atrás y abandonado después por completo. Hacia la sección de popa, dos altas galerías —sus balaustradas cubiertas aquí y allá por una especie de líquenes secos y grisáceos— se abrían desde la vacía cabina de mando, cuyas aberturas estaban herméticamente cerradas y calafateadas a pesar del clima tan benigno, proyectándose sobre el mar al igual que balcones desocupados que se asoman al Gran Canal de Venecia. Pero el principal vestigio de su pasada grandeza era el enorme óvalo en forma de escudo que recubría la pieza de popa, con las armas de Castilla y León entrelazadas e intrincadamente talladas, y a su alrededor, medallones que representaban temas mitológicos o simbólicos; entre todos ellos destacaba de manera particular un oscuro sátiro cubierto por una máscara que apoyaba un pie sobre la nuca postrada de una figura forcejeante igualmente enmascarada.

No era posible determinar si la nave tenía un mascarón de proa o tan sólo un simple espolón puesto que una lona cubría aquella parte, ya fuese para protegerla mientras se llevaba a cabo un trabajo de restauración, o bien para ocultar pudorosamente su decadencia. Burdamente trazada con tiza o pintada, como siguiendo el caprichoso impulso de un marinero, se leía, a lo largo de una especie de pedestal si-

tuado debajo de la lona, la frase *Seguid vuestro jefe*<sup>[9]</sup>, un poco más arriba, sobre la deslustrada cabecera, aparecía el nombre del barco, «SANTO DOMINGO», en majestuosas letras mayúsculas que alguna vez habrían sido doradas y que ahora se veían enmohecidas por las trazas rojizas que habían ido soltando los clavos de cobre. Negros festones de viscosas algas, como extrañas coronas de luto, oscilaban sobre el nombre del barco con cada uno de los vaivenes del casco, lentos y pesados como los de una carroza fúnebre.

Cuando finalmente el bote se aproximó a la pasarela lateral, su quilla, aunque todavía se encontraba a unas cuantas pulgadas del casco del buque, crujió ásperamente, como si hubiese rozado un arrecife de coral sumergido. Se trataba en realidad de un saliente de percebes amontonados que bajo el agua se adherían al costado de la nave como una enorme verruga, recuerdo y testimonio de los vientos caprichosos y las prolongadas calmas que habría experimentado en algún sitio de aquellos mares.

Al subir a bordo, el visitante se vio inmediatamente rodeado por una clamorosa multitud de blancos y negros, si bien estos últimos excedían en número a los primeros en una proporción aún mayor a la que cabría esperar, incluso para un barco dedicado al transporte de esclavos. Sin embargo, en una misma lengua y como a una voz, prorrumplieron todos a hablar, relatando una idéntica historia de sufrimiento. Las negras, que por cierto no eran pocas, superaban a los demás en su dolorosa vehemencia. El escorbuto, junto con las fiebres, había causado una gran mortandad entre los ocupantes de la nave, y de manera especial entre los españoles. A la altura del cabo de Hornos habían escapado a un naufragio de manera providencial; después, y durante varios días seguidos, habían permanecido inmóviles, sin viento. Ahora las provisiones escaseaban; apenas tenían agua; sus labios estaban resecos<sup>[10]</sup>.



Mientras el capitán Delano se convertía en el centro de atención de todas aquellas lenguas ansiosas, su mirada igualmente ansiosa abarcaba todos aquellos rostros, así como los objetos que se hallaban a su alrededor.

Siempre que en alta mar se aborda por primera vez un navío grande y populoso, especialmente si es extranjero y si cuenta con una tripulación abigarrada, lascares<sup>[11]</sup> y filipinos por ejemplo, la impresión que se recibe difiere de una manera peculiar de la que produce el entrar por primera vez en una casa desconocida, habitada por desconocidos y en una tierra extranjera. Tanto la casa como la nave, la primera por medio de sus paredes y persianas, y la segunda por sus altos parapetos que semejan murallas, impiden hasta el último momento la visión del interior. En el caso de la nave, sin embargo, hay que añadir otra particularidad, a saber: que la exposición repentina y completa del espectáculo viviente que ocultaba, en contraste con el desierto océano que la circunda, produce un efecto similar al de un encantamiento. La nave parece irreal; todos aquellos atuendos, rostros y gestos extraños, nada más que un borroso retablo surgido de las profundidades del agua, que muy pronto recobrarán lo que por un instante han permitido vislumbrar.

Es posible que un influjo similar al que se ha intentado describir actuase sobre la mente del capitán Delano, revelando velozmente aquello que tras un examen más detenido habría podido parecer insólito. Tal era el caso, de manera muy especial, con un grupo bastante visible de cuatro negros de edad avanzada y cabello entrecano, sus cabezas como umbrosas y ensortijadas copas de sauce, que, en venerable contraste con el tumulto que los rodeaba, permanecían serenos e indiferentes, recostados como sendas esfinges, uno sobre la serviola de estribor, otro sobre la de babor, y los dos restantes en puntos opuestos del pavés a lado y lado del palo mayor. Cada uno de ellos tenía en sus manos un trozo de cuerda vieja, que con una suerte de estoica resignación deshilvanaba hasta convertir en estopa, que iba dejan-

do a un lado, formando así pequeños montones. Acompañaban la tarea con un canto continuo, bajo, monótono, zumbando y ululando como otros tantos canosos gaiteros que interpretan una marcha fúnebre.

El alcázar se elevaba hasta la altura de una amplia toldilla elevada, en cuyo margen delantero, elevados al igual que los desmenuzadores de estopa, a unos ocho pies por encima de la muchedumbre, estaban sentados en una hilera, con las piernas cruzadas, separados por intervalos regulares, otros seis negros, cada uno de los cuales sostenía un hacha herrumbrosa que, con la ayuda de un pedazo de ladrillo y un trapo, restregaba aplicadamente. En cada uno de los espacios que separaban a un hombre del siguiente yacía una pequeña pila de hachas con sus mohosos filos vueltos hacia arriba a la espera de recibir la misma operación. Si bien los cuatro desmenuzadores de estopa de cuando en cuando se dirigían brevemente a una o varias de las muchas personas que se encontraban abajo, los seis pulidores de hachas ni hablaban con otras personas ni intercambiaban entre ellos el más leve murmullo, entregados por completo a una tarea que sólo interrumpían cada cierto intervalo cuando, siguiendo la peculiar inclinación del negro a unir el trabajo y la diversión, entrechocaban de dos en dos los lados de las hachas, al igual que címbalos, produciendo un fragor bárbaro. Los seis, al contrario de la mayoría de los negros a bordo, tenían el aspecto burdo del africano en su estado natural.

Pero aquella primera mirada general, que había abarcado a las diez figuras y a otras menos notorias, sólo se posó un instante en ellas, pues, impaciente por el barullo de voces, el visitante se volvió en busca de quienquiera que fuese que estuviera a cargo de la nave.

Empero, ya fuese porque no se oponía a que la naturaleza se quejara por la voz de sus sufridos subordinados, o bien porque hubiese abandonado por el momento toda esperanza de refrenarla, el capitán español, un hombre de aspecto noble, reservado, bastante joven a los ojos de un extraño,